

Mujeres envejecidas: experiencias de envejecimiento en México

María Fernanda Guerrero Zavala y Gabriela Pineda Hernández

La mayoría de las veces el envejecimiento se nos presenta como un estado de orden biológico y cronológico significativo en la vida del ser humano, donde sus expresiones y signos son descritos por medio de conceptos como el desequilibrio, la deficiencia, la discapacidad y la enfermedad. No obstante, analizar la experiencia de este proceso obliga a mirar al cuerpo más allá del plano fisioanatómico y biológico, a partir de un entramado complejo donde intervienen la subjetividad y el cuerpo como lugar de inscripción, desde donde el sujeto se construye en un cuerpo sexuado. Asimismo, aproximarnos al fenómeno del envejecimiento en México implica enfatizar la importancia de las transformaciones económicas y socioculturales sobre el perfil demográfico y epidemiológico de la población. Son los cambios que se han presentado a consecuencia del control de la natalidad y la mortalidad los que han permitido el incremento del promedio de vida y, por lo tanto, del envejecimiento demográfico y social de la población del país. Al respecto, el análisis de la transición demográfica¹ ha dado cuenta de una mayor esperanza de vida para las mujeres a diferencia de la que se reporta en los hombres. Para el caso específico de México, el Consejo Nacional de Población (Conapo) durante el 2005 menciona que las mujeres viven 77.9 años en promedio y los hombres 73 años. Aunque si bien estos datos nos ofrecen proyecciones importantes para dimensionar la relevancia que tiene la conformación de amplio grupo de mujeres mayores de sesenta años, carecen de sentido si no se les vincula a las constantes transformaciones en las estructuras socioeconómicas, políticas y culturales del territorio nacional para cada contexto en particular.

¹ La transición demográfica hace referencia al aumento en la esperanza de vida y el descenso en la tasa de fecundidad, derivado de algunos factores como el cambio en el perfil epidemiológico y el acceso a los servicios de salud.

Este ensayo constituye una reflexión antropológica sobre el envejecimiento a partir del análisis de algunas de las prácticas y representaciones de dos grupos de mujeres en México, unas habitantes de una comunidad rural y otras de una comunidad urbana.² Consideramos que "una representación siempre es la representación de algo para alguien" (Abric 2001: 12) y siempre tiene un sustrato social, así que el envejecimiento es en definitiva parte de una representación social, la cual puede irse modificando al interrelacionarse con variables como el estrato socioeconómico, la posición de las mujeres en la estructura de parentesco, la etnia, así como las relaciones sociales y afectivas con las que cuente en este momento del ciclo de vida, elementos sin duda importantes al momento de significar el envejecimiento.

Es así como nos proponemos reflexionar sobre la experiencia del envejecimiento a partir de las narraciones de las propias mujeres,³ mostrando

² El presente trabajo es producto de una investigación antropológica a la cual titulamos "Mujeres envejecidas. La experiencia del envejecimiento de mujeres en La Palma, Veracruz y el Centro Histórico de la ciudad de México", donde el principal interés fue explorar y comparar la experiencia del envejecimiento de mujeres de más de sesenta años a partir de sus representaciones y prácticas corporales. Los grupos de estudio que se involucraron en esta investigación fueron mujeres de sesenta años en adelante, pertenecientes a dos contextos geográficos y poblacionales distintos: por un lado, mujeres habitantes de La Palma, municipio de Catemaco, Veracruz; por el otro, mujeres habitantes de la ciudad de México que asisten a un club, el Club Churubusco, promovido por una institución gubernamental, el Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam).

Con la finalidad de acercar a las y los lectores a la realidad de ambos grupos de estudio, apuntamos algunas generalidades sociodemográficas. Las seis mujeres de la población rural nacieron en algún municipio de Catemaco, sus edades oscilan entre los 60 y los 75 años, sólo una de ellas sabe leer y escribir, todas se dedican a realizar actividades del hogar, una se encuentra separada de su pareja, dos aún están casadas y tres son viudas. El segundo grupo está conformado por mujeres que acuden al Club Churubusco, que depende del Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam), localizado en el Centro Histórico de la ciudad de México. Las edades de estas mujeres oscilan en un rango de edad de 60 a 89 años de edad. Respecto al nivel de escolaridad, más de la mitad de las mujeres terminaron la primaria, el 26% cuenta con una carrera técnica relacionada con el secretariado o el comercio, y otro grupo comprende a las mujeres que no tiene ningún nivel escolar, pero que saben leer y escribir. La encuesta socioeconómica aplicada mostró que la ocupación principal de las entrevistadas fue el hogar, en donde se incluyen además de los quehaceres domésticos, la atención y el servicio a su pareja, hijas/os, nietas/os y otros miembros de la unidad doméstica. Otro conjunto de mujeres (6%), además de realizar labores domésticas y de atención y cuidado, dedican su tiempo a actividades recreativas.

³ Este ensayo muestra una faceta del envejecimiento de las mujeres a partir de la recopilación y análisis de la información recabada durante el trabajo de campo donde se realizaron entre-

la existencia de múltiples factores que inciden en este proceso. Para ello centramos nuestra atención en lo que se dice de sus cuerpos, en cómo representan su propio proceso de envejecimiento, así como en algunos de los criterios que consideran para determinar ciertas características y prácticas corporales específicas. Nos adscribimos a reflexionar la experiencia⁴ de envejecer desde una visión más abarcativa, donde se consideren las condiciones culturales, geográficas, demográficas, epidemiológicas y políticas, siendo estos algunos elementos que determinan la vivencia de las diversas facetas del envejecer.

Mujeres que envejecen

El envejecimiento es un hecho que se desarrolla de manera paulatina y silenciosa en el cuerpo; incluso podríamos ubicar su presencia desde el momento en el que nacemos. Sin embargo, tomamos conciencia de este proceso cuando nos enfrentamos a los códigos y símbolos expuestos por otros/as, los cuales se sitúan en el cuerpo y dan pauta para comprender que envejecer puede ser considerado como un drama que parte de la experiencia del cuerpo vivido, percibido y representado dentro del contexto ideológico de una sociedad occidental moderna.⁵

El envejecimiento entonces sólo empieza a existir a partir del momento en el que se le nombra y se le interpela mediante una puntual construcción

vistas en profundidad. Es importante mencionar que hemos determinado utilizar la categoría "mujeres" para homogenizar al universo de estudio que participó en dicha investigación. Sin embargo, hay que destacar que a través de lo que aquí se expresa no intentamos decir que "todas" las mujeres mexicanas viven del mismo modo, ya que este trabajo es sólo una breve pincelada de la experiencia del envejecimiento de mujeres de dos contextos particulares.

⁴ El concepto de *experiencia* al que hasta ahora hemos venido apuntando proviene del campo de la antropología simbólica turneriana, donde se describe que la experiencia es "vivenciar" y 'pensar hacia atrás', pero esta misma experiencia también permite 'querer o desear hacia delante', es decir, establecer metas y modelos para la experiencia futura, en la cual se tiene la esperanza de evitar o eliminar los errores y los peligros de la experiencia pasada" (Turner 2002a: 85). De entre las experiencias vitales, las más importantes son las que limitan la existencia, ejercen sobre ella una presión, no se pueden eliminar, frenan las intenciones de un modo inesperado y no pueden alterarse.

⁵ Una cara del envejecimiento lo muestra como una categoría que lastima y reduce nuestro valor, nos exhibe colocándonos dentro de un esquema preestablecido de deficiencias: el cuerpo que delata y traiciona y, junto con él, la memoria que nos recuerda lo que hoy ya no somos. El valor a la superficie perfecta se implanta en nuestras sociedades, mientras que desaparece el valor a la diferencia.

discursiva y sociocultural que subsiste por medio de repeticiones, ya que, como afirma Judith Butler, "el acto mediante el cual un nombre autoriza o desautoriza un conjunto de relaciones sociales es necesariamente una repetición" (Butler 2001: 172). En este sentido, son los discursos y las representaciones las que dirigen cualquier tipo de práctica que lleva a cabo un sujeto para el que su cuerpo día a día "le sugiere y le demuestra" que está envejeciendo, formando con ello un "sujeto envejecido", una *mujer envejecida*.⁶ Así, la repetición construye al sujeto, lo legitima y dota de herramientas para vivir en sociedad.

La representación del cuerpo envejecido de las mujeres muestra múltiples y complejas facetas ya que

ser mujeres en un sistema en donde los valores principales son aquellos que legitiman la productividad y el éxito mediante estereotipos centrados en considerar lo bello como algo que se encuentra muy lejos de lo que le pertenece a la vejez, confiere un carácter simbólico especial dentro de la interacción social (Guerrero y Pineda 2005: 3).

Desde esta perspectiva, las mujeres y sus cuerpos revelan significados particulares de la experiencia de envejecer, ya que la representación que ellas tienen ante el proceso de envejecimiento de "los otros" moldea narraciones y expectativas del propio proceso, donde ellas clasifican, explican y evalúan.

A pesar de que la principal representación social del envejecer se ubica "en y para el cuerpo", no es la única dimensión que cobra, puesto que de ahí corre hacia el comportamiento, las expresiones, los valores, las visiones del futuro, las restricciones e intereses implantados, la mayoría de las veces por la asignación de una categoría social. Las mujeres entonces son *envejecidas*, construyen y son construidas dentro de una realidad social forjada por la supremacía del cuerpo "moderno" sobre aquel que es distinto, ese que a pesar de distanciarse generacionalmente se hace presente para ser criticado, pero también para mostrar su crítica.

⁶ En la aproximación que hacemos de la experiencia del envejecimiento, hemos construido la categoría *mujeres envejecidas* a partir de elementos de la propuesta de Susan Sontag (1982), quien expresara que envejecer es un juicio social más que un acontecer biológico. Considerando lo anterior, esta categoría, que funciona como una metáfora, nos permite comprender al envejecimiento como construcción sociocultural a partir de marcos históricos de valores dirigidos a crear y mantener representaciones que estigmatizan el cambio corporal de las mujeres, dictan roles y conductas esperables en este momento de la vida.

Sobre el cuerpo cae el decir: se simboliza y se expone, se nombra y vive. Desde una trayectoria histórica, podemos dar cuenta de que hemos sido testigos y constructores del saber y permisión del cuerpo, lo hemos llevado del silencio y el secreto a la ostentación, al ejercicio de una serie de lineamientos rígidos que terminan por controlarlo, que evidencian, como apuntó Michel Foucault, que "el cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explota, lo desarticula y lo recompone [...] La disciplina fabrica, así, cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos *dóciles*" (Foucault 1996: 141-142).

Nuestro interés ha estado dirigido a los atributos del cuerpo más que a su propia experiencia; lo entregamos al conocimiento científico como si fuera el único espacio desde donde puede desprenderse un discurso veraz (Vera 2002). Frente a esto, el cuerpo envejecido de las mujeres sigue asumiendo las representaciones impuestas a partir de considerarlo un cuerpo sexuado y naturalizado, donde el "ser femenino" desencadena atributos morales y funciones sociales que normalizan la vida, y con ello el comportamiento y las posibilidades de existencia para todas las mujeres en cualquier sociedad (López 1998). En este escenario, el cuerpo se convierte en "una *superficie de inscripción*, mediante el reconocimiento implícito de ser un cuerpo objeto y blanco de poder" (Foucault 1996: 140), donde el envejecimiento se vuelve un producto al cual hay que invisibilizar y medicar.

El cuerpo en las sociedades modernas consigue su valor a través de la búsqueda constante de perfeccionamiento, se vuelve un accesorio más que portar, y vivimos nuestra corporeidad como "un vestido", sin cuestionar la presión social de los estereotipos⁷ que transmiten los discursos hegemónicos a grupos particulares. Al respecto, se ha descrito que la existencia de un porcentaje amplio de población de más de sesenta años desencadenó una dinámica social particular que, como menciona Joseph Fericgla, se fue orientando hacia el consumo de placeres. Es así como la cultura del envejecimiento, también llamada ancianidad, conforma un importante colectivo que algunas veces sólo es reconocido para fines políticos o de mercado, ya que,

⁷ "El estereotipo incluye tanto creencias, características y adjetivos positivos como negativos [...] [E]s algo subjetivo que descansa en ideas preconcebidas y determina fundamentalmente las opiniones de las personas [...] [Los estereotipos] dirigen las expectativas de los miembros del grupo social, es decir, determinan qué es lo que esperamos unos de otros y cómo nos vemos unos a otros" (Bosch 1999: 140).

como el autor menciona, el envejecimiento es una condición muy visible para ciertos fines, pero no al momento de recibir la categoría cultural que merece (Fericgla 2002), sobre todo en las sociedades más occidentalizadas.⁸

La represión y la imposición relacionadas con el "deber ser" de las mujeres y de su cuerpo en esta etapa del ciclo de vida no sólo derivan de aquellas/os que las ejercen, sino desde las *mujeres envejecidas* al momento de hacerlas propias a partir de representaciones y prácticas que legitiman dicha ideología. Precisamente bajo esta lógica, Jean-Claude Abric menciona que "la representación tiene como una de sus funciones el perpetuar y justificar la diferenciación social, puede —como los estereotipos— pretender la discriminación o mantener una distancia social entre los grupos" (Abric 2001: 17), ya sean institucionales, familiares y por supuesto, el de las mujeres mismas.

La vivencia del proceso de envejecimiento desde el espacio del cuerpo y su traducción y/o conflictividad subjetiva, pero también social, desencadena resignificaciones, la recomposición de identidades, la reconstrucción de prácticas y el establecimiento de nuevas normatividades que se encarnan en el cuerpo,

cuerpo en el que se intenta aprehender la realidad objetiva y subjetiva de la experiencia vivida, y que nos plantea reconocer las interpretaciones y manifestaciones corporales de lo que nos sucede, y cómo se da un sentido a lo inesperado en la realidad cotidiana, a la experiencia vivida (Barragán 2005: 9).

Mirar a la vejez como experiencia vital cobra sentido, ya que permite tener acceso a la comprensión del sujeto y su experiencia, nos introduce a su mundo y a la manera en la que envejece.

A partir de dichos ángulos de análisis, en el siguiente apartado presentamos algunos de los resultados que obtuvimos al indagar la experiencia del envejecimiento en mujeres de dos ámbitos geográficos distintos, el campo y la ciudad. Enfatizamos aspectos relacionados con las representaciones y prácticas corporales, y desde allí nos aproximamos y esbozamos las implicaciones sociales, culturales y familiares que determinan la propia experiencia de envejecer.

⁸ Es importante precisar que el cuerpo del envejecimiento habita igualmente en sociedades económica, social y culturalmente distintas. Por ejemplo, "los sectores rurales u obreros valoran más la fuerza o la resistencia física que la juventud o la belleza" (Le Breton 1995: 167), lo que nos muestra otra gama de representaciones, donde si bien la idea del cuerpo joven como bello puede que no sea la fundamental, sí podemos hablar de la importancia que se le da a la productividad y la resistencia, a partir de entender al cuerpo como objeto que sirve para el trabajo.

"Se enojan porque salgo o porque ando de aquí para allá, pero yo ya les he dicho que es mi tiempo, tiempo para mí y el resto de mi vida"

La unidad doméstica, como sitio de convergencia cuya realidad multidimensional, ambigua y hasta contradictoria trasciende en la experiencia corporal de la vejez, funge como un elemento complejo, pues tanto interna como externamente permite observar los cambios socioeconómicos y demográficos en los grupos de estudio, pero también nos aproxima a las formas de convivencia doméstica, a las relaciones que se crean y se recrean alrededor de los procesos de reproducción cotidiana y generacional de los individuos (Oliveira, citado por Schmukler 1998). Por medio del análisis de la encuesta sociodemográfica aplicada en ambos grupos de mujeres⁹ obtuvimos un primer acercamiento a las unidades domésticas. Fue así como se lograron observar diversos tipos de vínculos familiares, donde los miembros más cercanos a las mujeres son principalmente las hijas e hijos, con sus respectivas parejas y su descendencia. Tanto en el ámbito rural como en el urbano, son pocas las mujeres que habitan con sus cónyuges, debido a que son viudas o porque la pareja es trabajador migrante. A través de los relatos de las mujeres nos percatamos de que los vínculos creados por y a través de la unidad doméstica se dan con base en cuestiones de tipo afectivo, atravesadas a su vez por relaciones económicas al proporcionar dinero para la compra de medicamentos, alimentación y artículos personales. Aunque las condiciones socioeconómicas son diversas, en ambos grupos existe la idea de que son las hijas¹⁰ e hijos de quienes se espera el

⁹ Consideramos que el envejecimiento no sólo trae consigo progresivos cambios biológicos, sino también sociales, a partir de distintos entornos y realidades. Para lograr aproximarnos a este análisis, recurrimos al uso de la metodología mixta, ya que a partir del uso simultáneo de dos fuentes de información básica, esto es la revisión bibliográfica, hemerográfica y de archivos estadísticos, y una encuesta socioeconómica aplicada a los dos grupos de estudio y las entrevistas en profundidad, decidimos construir tipologías de articulación de datos tanto cuantitativos como cualitativos, privilegiando estos últimos.

¹⁰ "En la cultura occidental son las mujeres las que por regla general están encargadas de las actividades y/o acciones de cuidadoras, poseedoras de los saberes relacionados a la salud, asumen el papel de enfermeras de las hijas e hijos, del cónyuge, del suegro y de las otras mujeres de su grupo de relación, están encargadas de conocer y establecer las estrategias de autoatención y de ser acompañantes perpetuas de los enfermos en los diversos sistemas de salud" (Robles y Mercado 1993; Menéndez 1993, citado en Barragán 2005: 3).

cuidado en momentos de enfermedad o procuración del bienestar, como en seguida explican:

[...] siento apoyo por parte de ellos [hijos], lo que necesito, si yo no tengo dinero ellos me lo dan [...] mi hijo y mi hija me mantienen [...] (Rosario, 81 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

[...] con mi medicina mi hija se endrogaba para irla pagando poco a poquito [...] ella pagaba la medicina y me daba de comer [...] como dice ella "ya me voy endrogando y pagando y cuando te enfermes pues a ver" (Flavia, 60 años, La Palma, Veracruz, 2005).

Una acción que observamos en ambos contextos es la prohibición por parte de algún miembro de la unidad doméstica, principalmente los hijos/as, de realizar actividades y/o acciones que con anterioridad se efectuaban cotidianamente, así como la posibilidad de trabajar fuera de casa. Para ambos grupos de mujeres, trabajar o mantenerse ocupadas se vive como símbolo de permanencia, de utilidad. Dicha significación es quebrada cuando la prohibición altera el esquema cotidiano de actividades, ya que, tanto para las del ámbito rural como para las del urbano, el trabajo doméstico es la única actividad que afianza su responsabilidad y posición como mujeres.

Las *mujeres envejecidas*, al hablar de su realidad al interior de la unidad doméstica, nos mostraron relaciones de poder claramente referidas a la violencia conyugal,¹¹ por lo que en ambos contextos encontramos que esta era una experiencia común que se había presentado por igual en otros momentos de su vida.

La unidad doméstica continuamente va modificándose. En este sentido, su representación varía de acuerdo con las relaciones, acuerdos y posiciones sociales de cada uno de los miembros que la habitan; es ahí donde se dan las primeras referencias cuando de valores se habla, pero también el sitio de reprobación y violencia en muchas ocasiones. La experiencia vivida en la unidad doméstica remite a pensar en su formación como parte de un proceso demográfico, económico, sociocultural, de género, entre otros, que expresa un sistema de "sobrevivencia", elemento cardinal dentro del grupo de mujeres

¹¹ El artículo 1° de la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer de la Asamblea General de las Naciones Unidas (diciembre de 1993) define como violencia de género: "todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o privación arbitraria de la libertad, tanto si se produce en la vía pública como en la privada" (Huacuz y Barragán 2003: 89).

con el que trabajamos, ya que es ahí donde se busca la seguridad y se elaboran nuevos planes, se disfruta esta etapa en compañía de sus hijas/os, nietas/os, amigas/os, o se abre la posibilidad de vivir sola. Asimismo, representa un espacio donde la soledad, el desarraigo y el abandono se hacen presentes. Todos son elementos que son enunciados como argumentos para seguir o para aguantar hasta donde la vida lleve.

"Nosotras del alma somos jóvenes; el cuerpo envejece, pero el corazón no"

La representación "funciona como un sistema de interpretación de la realidad¹² que rige las relaciones de los individuos con su entorno físico y social, ya que determinará sus comportamientos o sus prácticas" (Abric 2001: 13). En este sentido, las personas consideradas "viejas" participan en la creación de representaciones, a través de las cuales hemos aprendido que envejecimiento es sinónimo de abandono y soledad, que conlleva la pérdida de estatus social, además de que es una etapa de deterioro físico y mental que puede ser vivida y considerada como una enfermedad. Sobre estas ideas, encontramos que en ambos contextos el envejecimiento se enunció como un proceso "natural y normal", que posteriormente fue problematizándose al considerar que en esta etapa de la vida es cuando comienzan a manifestarse las enfermedades.¹³

Evidentemente las experiencias relacionadas con la salud, así como el contexto sociocultural y económico de cada una de estas mujeres, marcan la representación del envejecimiento como un problema de salud o una

¹² Jean-Claude Abric (2001) menciona que no existe realidad objetiva a priori, sino que toda realidad es representada, apropiada por el individuo o el grupo y reconstruida en su sistema cognitivo e integrada en su sistema de valores, que depende de la historia y el contexto social e ideológico que le circunda. Y es esa realidad apropiada y reestructurada la que para el individuo o el grupo constituye la realidad misma (Abric 2001: 12).

¹³ Los resultados de la encuesta que se aplicó en ambos contextos, con relación a la epidemiología, arrojó que en ambas poblaciones de mujeres los padecimientos crónico-degenerativos son los de mayor frecuencia; no obstante, también se reportaron problemas como los de tipo renal, de colesterol, problemas de oído, artritis, fracturas relacionadas con la osteoporosis, menopausia y enfermedades provocadas por los cambios de temperatura, como gripe y tos. La depresión fue señalada en el contexto urbano, mientras que en el rural se mencionaron la tristeza y la soledad como características de una enfermedad. Para ambos contextos vemos que los problemas y las ausencias familiares son los principales factores que intervienen en estos padecimientos.

carga, ya que algunas de ellas se hicieron responsables de familiares viejos y enfermos que fallecieron, principalmente de sus madres, por lo que la muerte es un hecho que se relaciona de manera profunda con la vejez. Así lo explican:

[...] mi madre falleció de 88 años; le dio diabetes desde que murió mi papá, pero también mi mamá no se enfermaba de nada [...] y cuando le dio la diabetes, bueno, se rasguñaba, se hería y la llevábamos al doctor, nunca la dejamos [...] También yo batallé mucho con una de mis hermanas, quedó paralítica 16 años. Yo trabajaba, yo iba al club, hacía de comer y bañaba a mi hermana, yo la cuidaba (Rosario, 81 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

[...] yo pienso que todos tenemos que morir de alguna enfermedad, hay veces que nomás de viejitos, pero hay veces que sí se mueren de alguna enfermedad. Yo les digo eso porque mi mamá perdió el conocimiento y yo veía que mis hermanos ya no la atendían bien, por lo mismo yo pido mucho que no pase así [...] Yo pienso que un enfermo y un anciano aburre, entonces pido paciencia de que si llego a caer en una enfermedad no me descontrolé (Juliana, 60 años, La Palma, Veracruz, 2005).

Los anteriores testimonios nos muestran el impacto que han tenido las experiencias de salud pasadas en la conformación de una imagen del envejecimiento que tiene como características centrales la debilidad, la inutilidad, la dependencia y la disminución de las capacidades, donde la movilidad del cuerpo, como sinónimo de independencia, tiene una gran significación, como se muestra a continuación:

[...] todos tenemos que ir para abajo, nada más que lo que yo no quisiera acabar, es a ya no poder caminar [...] Porque va uno dependiendo de otra persona y es lo que yo no quisiera (Eugenia, 69 años, La Palma, Veracruz, 2005).

Dolores, la trabajadora social, me dice, "Rosarito ¿no necesita un bastón?" Le digo, "¿Yo para qué necesito bastón?" Dice, "Pues para que no se caiga". Le digo, "¡No, qué barbaridad! Con el bastón me siento vieja, anciana" (Rosario, 81 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

Por otro lado, Bazo (1990) menciona que

en las últimas décadas las personas ancianas para definirse se refugian en expresiones tales como "tercera edad" o los "mayores" que no conllevan un sentido peyorativo por el momento, pero mientras no se opere un cambio en los valores y comportamientos sociales, no dejarán de sentirse objeto de discriminación (Bazo 1990: 155).

De acuerdo a lo anterior, indagamos sobre la aceptación que las mujeres tienen del término "viejas"; sobre esto ellas nos mencionan:

No me molesta que me llamen vieja, porque de todas formas uno tiene que llegar a viejo [...] Luego me dicen "estás vieja"; pues sí, sí estoy vieja y por eso estoy en el club, porque si estuviera joven no estaría aquí, estaría en el baile [...] (Soledad, 64 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

Me molesta porque es despectivo, vieja se oye despectivo, habría que buscar otro término para nombrarlo [...] Adultos mayores no se oye tan feo, ¿no? (Milagros, 61 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

La búsqueda por conservar la autoimagen lleva a una no identificación del proceso de envejecimiento para sí, ya que el asumirse como "vieja" trae consigo atributos negativos y deteriora el bienestar. En este sentido, la vejez es para los otros, para aquellos que no se mantienen activos, cuyo espíritu no es jovial; vieja es aquella persona que no tiene ilusiones o no puede valerse por sí misma, la que se ve o siente "acabada" físicamente, como menciona Rosario:

[...] nosotros del alma somos jóvenes, el cuerpo envejece pero el corazón no. Yo todavía tengo mi corazoncito joven [...] (Rosario, 81 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

Rosario nos introduce al tema de los años y cómo a partir de estos podemos considerarnos como "viejas". Consideremos, por ejemplo, que "la institucionalización de la jubilación, y su extensión en las sociedades industrializadas, ha contribuido a definir el umbral de la vejez, que coincide con la edad de jubilación" (Bazo 1990: 158), que en la mayoría de los países es a los 65 años, edad en la que muchas personas se encuentran sorpresivamente dentro de una categoría social distinta. Por tanto, ¿qué tanto el contar con cierta edad eclipsa nuestras motivaciones cotidianas, el perseguir nuevos destinos y seguir viviendo?

A pesar de los aspectos negativos que están relacionados al envejecimiento, en ambos grupos de mujeres se expresaron ideas en donde la vejez, lejos de vivirse como esa etapa negativa, representa alegría y estabilidad, un período en donde llega la tranquilidad y el descanso, así como la motivación para realizar nuevas actividades, ya que se produce un momento reflexivo que evalúa las obligaciones que durante años estuvieron presentes:

[...] el día en que cumplí mis 60 años, yo dije "bueno ya llegué a los 60 años y no me siento vieja, no me siento acabada, me siento con ganas de salir adelante" [...] Tres, cuatro días después de que cumplí 60 años vine a sacar mi credencial (para poder recibir los servicios de Inapam), y fue cuando yo dije "de aquí para adelante el tiempo que me quede va a ser mío" (Magdalena, 61 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

[...] les diré que ya me siento más tranquila porque pues toda la vida andar caminando, y el campo y el campo, ya como que me aburrí, ya no quería [...] Ahora me dedico a la casa y a salir [...] Me descanso, porque antes llegaba corriendo a hacer comida, a veces no se limpiaba la casa, anda corriendo, cansada, levantarse temprano (Juliana, 60 años, La Palma, Veracruz, 2005).

Las palabras anteriores nos sugieren una forma de percibir y de vivir el envejecimiento, en donde el mínimo sentimiento de libertad e independencia lleva a algunas mujeres a contemplarse de manera distinta, las fortifica y les ofrece un futuro que puede ser distinto. Al respecto, es importante hacer una diferenciación entre ambos grupos, ya que las mujeres pertenecientes al espacio urbano cuentan con mayores recursos y opciones al momento de buscar nuevas actividades sociales, hecho que se ve confirmado en que son mujeres que destinan buena parte de su tiempo a la realización de actividades recreativas dentro del Club Churubusco del Inapam.

De acuerdo con esto, consideramos que las mujeres del Club Churubusco, podrían estar accediendo a formas de resistencia, utilizando su tiempo libre para retar su propia falta de poder en tanto género y generación. El Club Churubusco, en este grupo de estudio, funge como espacio de recreación y formación de vínculos amistosos debido a que la dinámica familiar ha cambiado. Asimismo, en el club existe la independencia necesaria para estimular la creatividad en un espacio donde la amistad "como práctica del tiempo libre femenino es explorada como tradición y opción para la autonomía y la resistencia" (Mc Phail 2006: 221). Los siguientes testimonios revelan estas características que hemos esbozado:

[...] aquí en el Club encontramos amigas, bienestar, un rato de alegría, un rato de convivencia, estar platicando, oírnos, lo que hacemos, cantamos [...] Se la pasa muy bien (Magdalena, 61 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

[...] yo quería disfrutar como lo estoy disfrutando, estoy en varios grupos haciendo ejercicio [...] vamos a pasear cuando tenemos tiempo, cuando quiero irme a comer a otro lado, voy a comer sin la presión de que tengo que estar en un horario fijo (Milagros, 61 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

Por su parte, las actividades que se realizan en La Palma, Veracruz, para todos los grupos de edad son diferentes a las del ámbito urbano, puesto que son dinámicas socioeconómicas distintas. Las *mujeres envejecidas* de esta comunidad se vinculan de lleno con el trabajo propio del hogar, puesto que se encuentran dentro de un medio en el cual las oportunidades para realizar actividades de tipo económico y lúdico son restringidas, en parte debido a la falta de trabajo para cualquier grupo de edad y la remuneración baja de las largas jornadas, manifestándose, en consecuencia, la migración nacional e internacional por parte de los grupos de jóvenes y adultos, tanto hombres como mujeres.

Al estar en la comunidad de La Palma, observamos a las mujeres en las calles o platicando en el quiosco que se ubica frente a la iglesia, en casa

de sus familiares y/o vecinas, así como en las tiendas y en el servicio de teléfono. Notamos que la comunidad no parece disponer de espacios específicos o exclusivos para las personas de más de sesenta años, por lo que las mujeres envejecidas continúan en el interior de sus casas realizando las actividades domésticas.¹⁴ En su tiempo libre, algunas se dedican al bordado, y otras tantas acuden a la iglesia o a visitar a sus familiares, que por lo general se encuentran dentro de la misma comunidad o en localidades cercanas; ahí colaboran con los cuidados de la familia, como en el caso de los nietas/os. Ellas explican:

Hago una servilletita bordada, barro, veo mis gallinas y me voy para allá con mi nuera, paso con mi hija que tengo allí [...] Nos conocemos las vecinas [...] Ella esta a gusto conmigo y yo estoy a gusto con ella [...] (Eugenia, 69 años, La Palma, Veracruz, 2005).

Hago tejido, costura, agarro mi máquina [...] Me entretengo, porque pues aquí no hay otra cosa que hacer [...] y con eso que hago aunque sea para entretener la mente (Ofelia, 60 años, La Palma, Veracruz, 2005).

"Yo siento que ya no soy la misma persona de antes, [...] que ya los años me llegaron y pues ya ni modo"

Mientras que esta sociedad moderna y occidental relaciona el bienestar y la utilidad del cuerpo con lo joven, está la otra parte, la de lo viejo, donde se representa al cuerpo normativo, represivo y dócil. Dentro de estos círculos, las *mujeres envejecidas* se relacionan, representan y conducen los elementos para recrear determinaciones, características y prácticas corporales: maleable e individual, cuerpo de mujer o historia de mujer concebida como *ser-para-los-otros*, pensada y vivida a partir de condicionantes materiales y construcciones históricas de función y acción, donde su envejecimiento y la forma de vivirlo o expresarlo se ve influido por los miembros de la unidad doméstica. Al respecto, Milagros señala:

Las canas me empezaron a salir desde hace mucho, mis hijos me dicen "no te ves bien, píntate ese cabello" y me dan dinero para que vaya a arreglarme [...] Pero por mí yo me lo dejaría blanco, me gusta más que estármelo pintando a cada rato, lo hago por mis hijos y a veces por mi esposo que dice "ya no te ves bien, ya píntate ese cabello, píntatelo, córtatelo", y les hago caso (Milagros, 61 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

¹⁴ Aunque el trabajo doméstico se ve como una ocupación central para las mujeres de La Palma, en el grupo de mujeres urbanas sigue siendo importante, a pesar de que algunas dediquen su tiempo a otro tipo de actividades, como empleos temporales o las actividades recreativas que ofrece el Club Churubusco.

Empezaron mis hijos a decir "tienes canas" y que "ya te ves muy grande" y que quién sabe qué, y yo también pensaba "yo creo que me voy a ver mejor pintada del pelo", dije "bueno me lo voy a pintar" [...] pero ahora ya no quiero pintármelo otra vez, digo ya uno debe de mostrar lo que siente, lo que una va pasando, los años [...] (Soledad, 64 años, Club Churubusco, México D. F., 2006).

Estos testimonios nos recuerdan que la feminidad:

como distinción cultural históricamente determinada, caracteriza a la mujer a partir de condicionantes genéricas, define atributos de la mujer adquiridos y modificables, cada minuto de sus vidas ellas deben realizar actividades, tener comportamientos, actitudes, sentimientos, creencias, formas de pensamiento, mentalidades, lenguajes y relaciones específicas, a través de las cuales tienen el deber de realizar su ser humanas, su ser mujer (Lagarde, 2005:783).

De esta manera, la vejez en el cuerpo de las mujeres siempre es "perfectible", vestida de múltiples símbolos y signos. Las *mujeres envejecidas* viven la experiencia del envejecimiento dentro de sistemas productivos, centrados en estereotipos de lo bello, donde prácticas como el pintarse el cabello pueden representar imágenes que ocultan los años transcurridos.

Sin duda, para pintarse el cabello no hace falta tener canas o llegar a cierta edad; sin embargo, la decisión de llevar o no a cabo esta práctica la dota de un significado especial. Las mujeres del contexto urbano mostraron que se habían apropiado de una característica biológica cargada de ideas socioculturales, usándola como símbolo identitario de pertenencia a un nuevo grupo social o de edad, ya que el teñir el cabello representó una modificación de su imagen y personalidad, un cambio de cierta forma inmediato. Por su parte, las mujeres del ámbito rural no realizaban de manera frecuente prácticas como pintarse el cabello, ya que la significación es distinta. En las entrevistas pudimos observar que la presencia de canas en algunas de las mujeres de La Palma se asoció a eventos que involucran sentimientos como el coraje, como lo expresa Rita:

[...] pensé que salían las canas porque los hijos, les habla uno y no entienden, de corajes que hace uno, yo pensé así [...] (Rita, 64 años, La Palma, Veracruz, 2005).

Al indagar sobre las prácticas corporales que realizaban en ambos grupos de mujeres, observamos que las *mujeres envejecidas* de la zona urbana dejaron ver la idea de un perfeccionamiento físico, así como la intención de ocultar signos que revelen que el cuerpo envejece. Las mujeres de La Palma, en cambio, le dan una importancia distinta a la apariencia corporal; al igual que en el contexto urbano, existe una reflexión sobre el cambio que trae la edad, ya que el espejo refleja una persona distinta a la que se era y en la identificación de ese cambio se permite comprender que se ha

entrado a otra etapa. Es así como a lo largo de las narraciones vemos que las mujeres del contexto rural utilizan términos dicotómicos como "acabada" y "nueva" para referirse al cambio del cuerpo y por lo tanto de la vida:

Mi piel ha cambiado, pienso "¡pues ya qué! es de lo mismo de la edad, uno se está acabando" [...] Ya no está uno como cuando era nueva (Rita, 64 años, La Palma, Veracruz, 2005).

[...] mi corazón no se siente viejo, pero mirándome al espejo sí [...] Yo siento que ya no soy la misma persona de antes [...] que ya los años me llegaron y pues ya ni modo (Ofelia, 60 años, La Palma, Veracruz, 2005).

Cuando uno está viejo se pone aguadita la carne, enflaca uno, no es como cuando uno está nuevecita que se siente durita la carne (Faustina, 66 años, La Palma, Veracruz, 2005).

Pintarse el cabello, utilizar cremas y modificar los hábitos de alimentación son prácticas que inscriben el escenario para instaurar rastros que miran y asumen un cuerpo enraizado en redes de poder. Con el paso del tiempo, las mujeres se vuelven alertas a cada cambio, a cada acontecer, a las canas, las arrugas, la enfermedad, la soledad, sin olvidar el tiempo libre, la recreación, la amistad y en ocasiones la compañía, todo esto en multiplicidad de acciones. Si bien las *mujeres envejecidas* de los contextos rurales y urbanos que participaron en esta investigación en repetidas ocasiones sugirieron plantearnos la apariencia negativa de la vejez, sabemos que preexiste una forma de autocuidado al cuerpo, de reafirmar la identidad y con ello su situación en el mundo. Proyectar esta apariencia positiva del proceso de envejecimiento ilustra nuevas direcciones y miradas al distinguir caleidoscópicamente la experiencia de envejecer.

Mujeres envejecidas

La influencia que ejercen las demandas socioculturales a través de las representaciones, las prácticas y los discursos del cuerpo de los años o del envejecimiento lleva a las mujeres a pensar las evidencias del cuerpo como alertas, ya que se dice que ya no existe el atractivo físico, se dice que se pierde el deseo sexual, se dice en los medios de comunicación que el envejecimiento puede disimularse o retardarse, se dice que ya no se puede trabajar, se dice que el cuerpo se hace débil, se dice que la vejez es una enfermedad. ¿Quién lo dice? Todos y nadie a la vez. Es decir, el objeto no significa por sí mismo, sino que es y tiene sentido para un individuo o un grupo y en relación con ellos. De esta forma, mantenemos las representaciones que se van inscribiendo cotidianamente, casi de manera invisible, hecho que impide cuestionarlas.

El concepto *mujeres envejecidas*¹⁵ expresa un distanciamiento social a partir de un acto de "no identificación", un rechazo al juego de espejos donde nos reconocemos y franqueamos límites a partir del otro o la otra. Es así como desarrollamos una cadena de eventos importantes en la construcción sociocultural del envejecimiento, la cual se inicia con el reconocimiento corporal de aquel que no soy yo y que me sugiere un estado de corporeidad fragmentario e inevitable, la espera de un "drama corporal".¹⁶ Derivado de este encuentro, se reduce a ese "otro", en este caso a las mujeres, a un espacio acotado de conductas, necesidades, percepciones y prácticas que se consideran "coherentes" de acuerdo a la idea normalizada e historizada de género y vejez. Es esta reducción la que constituye el acto de envejecer, el cual se nutre a través de omitir en gran medida que el sentido y la continuidad de las mujeres son independientes de las apariencias o los años.

Es importante decir que si bien muchas de las representaciones e imposiciones socioculturales que hemos venido revisando actúan de manera totalizante, estas a su vez podrían intentar ser resignificadas, ya que cada mujer se enuncia a partir de su experiencia como un "sujeto de conocimiento, histórico, complejo, multideterminado, en situación dialéctica entre cuerpo, sociedad, cultura" (Lagarde 2005: 63). Esto nos lleva a considerar la existencia de características, condiciones, actitudes y transitorios diferentes derivados de una particular trayectoria de vida. En este sentido, la experiencia del proceso de envejecimiento se forja desde situaciones diversas, donde se puede ser una mujer soltera, viuda, abuela, una mujer que desde mediana edad ha ido conformando nuevos proyectos de vida en los que

¹⁵ Para la elaboración anterior, hemos considerado el concepto de estigma de Erving Goffman (2001), el cual permite entender que la mujer envejecida posee una característica corporal que va en contra de los valores de la modernidad, y desde ahí se le imputa una relegación social más o menos discreta que la distingue y que le da una ubicación en la vida social.

¹⁶ La noción de drama corporal fue construida tomando como base el esquema elaborado por Victor Turner desde la antropología simbólica, denominado drama social. Decidimos introducir la palabra corporal para enfatizar que el espacio en el que sucede la experiencia y frente a la cual los sujetos se saben en una situación de "drama" ocurre en el cuerpo. El drama social, como lo plantea este autor, hace referencia a una metáfora que da cuenta de los procesos dinámicos de la vida social, construidos como marco general dentro del cual la atención se centra en la tercera fase y sus géneros preformativos, que expresan el significado de las experiencias vividas en la brecha y a lo largo de la crisis. El drama social se replantea como una forma o subcategoría de la experiencia.

se tejen otras relaciones familiares, sentimentales, laborales e incluso de introspección, que durante el envejecimiento actúan significando los mismos procesos biológicos de nuevas formas.

En este sentido, el envejecimiento como proceso o categoría corporal, como diría Butler, se encuentra revestido de signos desacreditadores, revela fundamentalmente la invocación de convenciones históricas que no ceden su poder sobre el cuerpo. La mujer que es *envejecida*, y que se muestra, actúa y enuncia, produce con ello un efecto inevitable en el discurso, el cual tiene historia y parte de la historia, posibilitando con ello la existencia de un cuerpo social envejecido, el cual continúa siendo (re)presentado en función del cambio que muestran los factores socioculturales que lo condicionan.

Por tanto, y debido a que las *mujeres envejecidas* están construidas por un discurso sociocultural marcado por el género, entre otros símbolos inscritos fundamentalmente en el cuerpo, se tiene poca elección en el hecho de quiénes son, pues las motivaciones e intenciones individuales podrían parecer débiles en un sistema de realidad social acotada y normada por reglas basadas en la diferenciación sexual de los cuerpos, ya que, como menciona Foucault, somos cuerpos "totalmente marcados por la historia" (Foucault, citado en Alcoff 1989: 4). Si bien el cuerpo en este contexto es una superficie inscrita de acontecimientos, está totalmente grabado por el tiempo sociohistórico y por la creación de valores; a su vez, el cuerpo necesita ser deconstruido para con ello producir un sujeto hablante determinado por significaciones múltiples y contradictorias (Butler 2001).

La intención de este ensayo ha sido mostrar una pequeña parte de la experiencia del envejecimiento de mujeres situadas en dos contextos distintos, mostrando la importancia que tiene el contexto social y familiar particular, así como los significados con los que cada una traduce el cambio corporal que se expresa en esta etapa. El proceso de envejecimiento al cual nos acercamos a través de estos dos grupos nos llevó a la necesidad de considerar esta etapa como un momento en el que es crucial la construcción de puentes que nos lleven al entendimiento y compromiso con otras expresiones del propio y ajeno vivir, un enfoque que implique un cambio de perspectiva en cuanto a la alteridad y mismidad corporal. Nuestro enfoque propone entonces entender al cuerpo del envejecimiento como aquel que relata una historia, como el lugar de los sucesos, el espacio que comprueba nuestra existencia y el paso de los años como sinónimo de autenticidad vital ●

Bibliografía

- Abric, Jean-Claude, 2001, *Prácticas sociales y representaciones*, Filosofía y Cultura Contemporánea, México.
- Aisenson Bogan, Aída, 1981, *Cuerpo y persona. Filosofía y psicología del cuerpo vivido*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Alcoff, Linda, 1989, "Feminismo cultural versus posestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista", *Feminaria*, año II, núm. 4, noviembre, Buenos Aires, pp. 1-18.
- Barragán Solís, Anabella, 2005, *La experiencia del dolor crónico*, Tesis de Doctorado en Antropología, CIESAS, México.
- Baz, Margarita, 2000, *Metáforas del cuerpo. Un estudio sobre la mujer y la danza*, Ed. Porrúa/UNAM-PUEG/UAM, México.
- Bazo, María Teresa, 1990, *La sociedad anciana*, Centro de Investigaciones Sociológicas/ Siglo XXI de España Editores, Madrid.
- Bosch, Esperanza, 1999, *Historia de la misoginia*, Anthropos, Barcelona.
- Butler, Judith, 2001, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós/UNAM-PUEG, Buenos Aires.
- Douglas, Mary, 1973, *Símbolos naturales. Exploraciones en cosmología*, Alianza, Madrid.
- Fericgla, Joseph Maria, 2002, *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Herder, España.
- Foucault, Michel, 1996, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid.
- Goffman, Erving, 2001, *Estigma: la identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Guerrero, María Fernanda y Gabriela Pineda, 2005, "Mujeres envejecidas: cuando se dice cómo ser", Ponencia presentada en la II Jornadas de Antropología Física, ENAH, México.
- Guerrero, María Fernanda y Gabriela Pineda, 2007, *Mujeres envejecidas. Representaciones y prácticas corporales. La experiencia del envejecimiento de mujeres en La Palma, Veracruz y el Centro Histórico de la Ciudad de México*, Tesis de Licenciatura en Antropología Física, ENAH, México.
- Huacuz, Guadalupe y Anabella Barragán, 2003, *Diluyendo las fronteras: género, migración internacional y violencia conyugal en Guanajuato*, Instituto de la Mujer Guanajuatense, México.
- Lagarde, Marcela, 2005, *Los cautiverios de las mujeres: madreposas, monjas, putas, presas y locas*, UNAM-PUEG, México.
- Lamas, Marta, 1996, *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM-PUEG, México.

- Le Breton, David, 1995, *Antropología del cuerpo y modernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- López Sánchez, Oliva, 1998, *Enfermas, mentirosas y temperamentales. La concepción médica del cuerpo femenino durante la segunda mitad del siglo XIX en México*, Plaza y Valdés, México.
- Mc Phail, Elsie, 2006, *Voy atropellando tiempos. Género y tiempo libre*, UAM-Xochimilco, México.
- Sontag, Susan, 1982, "Las mujeres: un doble patron para envejecer", *Fem*, vol. 6, núm. 24, agosto-septiembre.
- Schmukler, Beatriz, 1998, "Familias y relaciones de género", en *Transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, Edamex, México.
- Turner, Victor, 2002a, "Dramas sociales y metáforas rituales", Ingrid Geist (comp.), *Antropología del ritual. Victor Turner*, INAH-ENAH, México, pp. 35-70.
- Turner, Victor, 2002b, "Del ritual al teatro", Ingrid Geist (comp.), *Antropología del ritual. Victor Turner*, INAH-ENAH, México, pp. 71 – 88.
- Turner, Victor, 2002c, "Dewey, Dilthey y drama. Un ensayo en torno a la antropología de la experiencia", Ingrid Geist (comp.), *Antropología del ritual. Victor Turner*, INAH-ENAH, México, pp. 89-102.
- Vera, José Luis, 2002, *Las andanzas del caballero inexistente. Reflexiones en torno al cuerpo y la antropología física*, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, México.
- Yañez Rizo, Pablo (comp.), 1999, "Una ciudad para todas las edades", en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población, México.